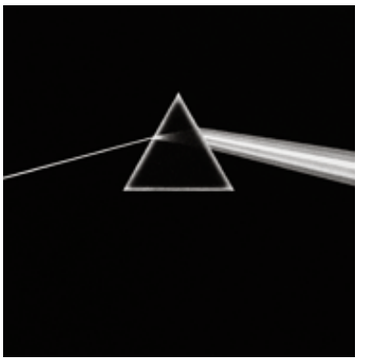
Pink Floyd desde el ártico

Mauricio Molina

La entrega del Premio Polar, equivalente al premio Nobel de la música, otorgado por la Academia sueca este año a Pink Floyd, la legendaria agrupación británica de *rock*, pone de manifiesto una serie de consideraciones, acerca de la relación entre la música popular y la música culta, dignas de comentario. Ya en otras ocasiones el premio había sido otorgado a figuras como B. B. King, el maestro del *blues*, a Bob Dylan, el gran poeta y cantautor norteamericano y a Led Zeppelin, la poderosa banda de *rock* pesado. En casi todas las ocasiones el premio se ha dividido entre alguna figura de la música popular y un músico "culto", como Ligeti, Steve Reich, Stockhausen o Rostropovich. En esta ocasión Pink Floyd compartió el premio con la cantante Renée Fleming.

A treinta y cinco años de la aparición de *Dark Side of the Moon* (1973), Pink Floyd se sitúa como un grupo de alta vanguardia, entendida ésta como la búsqueda de nuevos sonidos, nuevas formas de percepción combinadas con letras cuya temática viene acompañada de una poderosa carga de significados. No veo diferencia entre la obra mencionada con la música de Ligeti o las composiciones de Philip Glass, para poner un par de ejemplos. No es casual, por ejemplo, que en 1973 apareciera, también en Inglaterra, la visionaria novela *Crash* de J.G. Ballard, en cuyo prólogo el autor apunta que habitamos un universo donde no hay diferencia entre interioridad o subjetividad y objetividad o exterioridad. Desde un punto de vista estético, tampoco hay una diferencia entre la llamada cultura popular y la alta cultura. Esta ruptura de la dialéctica de lo alto y lo bajo, la moda y el arte, pone de manifiesto un entorno acústico polimorfo cuya diversidad genera nuevas respuestas y formas híbridas de experimentación en todos los campos de las artes.

No creo necesario justificar la impronta del *rock* en la cultura contemporánea. Por sus cualidades musicales y temáticas, *Dark Side of the Moon* puede muy bien ubicarse entre las grandes obras artísticas de la segunda mitad del siglo XX, al lado de la pintura de Bacon o Hockney, o de obras literarias radicales como la prosa última de Beckett o los cuentos de Julio Cortázar.



Cubierta original, 1973

Los temas que aborda *Dark Side of the Moon* son universales: la disolución del entorno individual, la dictadura del capitalismo, la paranoia, la insuficiencia de la palabra para expresar la angustia humana, la incomunicación, la alienación, pero también las posibilidades de la visión y del sueño. Desde su título la obra de Pink Floyd nos sumerge en el negativo de lo real, en una búsqueda de otra realidad subyacente o inconsciente. La sabia combinación de elementos como el *blues*, el *rock*, el *jazz*, la música concreta y electrónica hacen de la obra una pieza maestra. La guitarra de David Gilmour, un virtuoso de la lentitud, el uso de sonidos como cajas registradoras, latidos de corazón, mecanismos de relojería gracias al percusionista Nick Mason, los diversos juegos con los teclados de Rick Wright y el bajo de Roger Waters, autor conceptual de la obra abrieron nuevos territorios a la música y descubrieron continentes inéditos de la expresión acústica. El sonido no volvió a ser el mismo después de la aparición de este disco.

Pink Floyd, 1973

Pink Floyd se sitúa como un grupo de alta vanguardia, entendida ésta como la búsqueda de nuevos sonidos.

Todo artista genera sus precursores: Pink Floyd retoma, con su obra canónica, el lugar que habían dejado los Beatles con canciones como *Tomorrow Never Knows*, *I Am the Walrus*, *A Day in the Life*, o la sección final del disco crepuscular *Abbey Road*, aunque también remite a piezas como *2000 Light Years From Home* de los Rolling Stones, *Magic Bus* de The Who, *Life on Mars* y *Space Oddity* de David Bowie o los dos primeros álbumes de Roxy Music con Brian Eno, aunque también es preciso mencionar a Velvet Underground, el grupo que creara Andy Warhol como una más de sus obras de arte *pop*. En sus discos anteriores Pink Floyd ya había mostrado su vocación experimental. Basta con recordar piezas como *Astronomy Domain* o discos como *Ummaguma* y *Atom Heart Mother*. La influencia del cine también resulta evidente como los filmes *The Body Snatchers* de Don Siegel, o la megaproducción *2001 Odisea del espacio* de Stanley Kubrik, sin olvidarnos de los alucines visuales de *Solaris* de Tarkovsky.

El poder de la repetición —*Dark Side of the Moon* es uno de los álbumes más vendidos de todos los tiempos— ha ejercido sobre la obra de Pink Floyd un extraño poder de fascinación. En una encuesta reciente realizada en Australia el disco se encontraba entre los preferidos nada menos que para hacer el amor.

Salvo en algunas piezas aisladas los discos posteriores del grupo carecen de un principio de unidad, si bien hay que resaltar piezas como *Welcome to the Machine*, *Wish you were here*, *Another Brick in the Wall*, *Is there anybody out there?*, *Comfortably Numb o Keep Talking*, con la participación del astrofísico Stephen Hawking, el autor de la *Historia del tiempo*.

La cúspide del éxito de Pink Floyd demarca también su momento de decadencia con la aparición de *The Wall*, un álbum operático, desmesurado, plagado de hallazgos deslumbrantes y de lamentables repeticiones y autoplagios que culminan con una insufrible voluntad sinfónica y solemne ajena al espíritu minimalista de sus álbumes anteriores, si bien adquirió una fuerza inesperada a la caída del muro de Berlín al convertirse en el emblema musical de la desaparición de los países comunistas en Europa del Este.

Sugiero al lector que encienda los controles de su nave, conecte el *iPod* o el tocadiscos y escuche *Dark Side of the Moon*. Escuchará los latidos de un corazón y una apertura atmosférica y lentamente se deje llevar por los sonidos de cada una de sus piezas, los arpegios del sintetizador, los solos de guitarra, la voz hipnótica y escuche con cuidado los diversos movimientos que componen la obra. Podrá acaso emprender un viaje al lado oscuro de la luna y acceder a los territorios de la ensoñación.

Belsize Park, Londres, 1972